

CAPITULO XV.

Milagros del Arte.

En cuanto llegara el cautivo á su mazmorra, oida la sentencia inapelable, dispúsole todo con minuciosa disposicion para el último viaje. Malversados sus bienes en dilapidaciones continuas y malbaratada su vida en continuos placeres, poco le quedaba por hacer sino sumergirse en su conciencia y presentar á Dios el holocausto de su arrepentimiento. Al borde ya de la tumba, apremiábale el tiempo, y dirigia una mirada al mundo que iba á dejar y otra mirada al inmenso misterio en que iba por siempre á perderse. El testamento, que significa un último adios á la vida, y las oraciones, que significan una primera invocacion al cielo, embargaban por igual sus últimos instantes. No tenia bienes pero tenia recuerdos que dejar, algun cuadro todavía de su pertenencia, alguna reliquia de sus batallas por la vida, alguna recomendacion de su memoria, alguna palabra de amor, la eterna despedida al mundo. Todos estos legados los dejó á una sola persona, á la que debiera haber sido su dicha y fué su desdicha, al amor de sus amores, á Lucrecia. La fidelidad á aquel cariño entró por principalísima parte en la suprema resolucion de la muerte. No abandonar la religion adorada por su conciencia; no abandonar á la mujer preferida de sus sentimientos; he ahí el empeño que le conducia al sepulcro. Así, cogió la pluma y designando con fidelidad los objetos que le recordaba su memoria, lególos todos á la poseedora de su alma y de su existencia; á la que, sin haberse casado, quedaba viuda con su muerte, á la idolatrada Lucrecia. En tan supremo instante no pudo menos de decirle, como descargo de su cargada conciencia, como excusa á su procelosa vida, como comprobacion suprema de todos sus

afectos, que si á ella se hubiera unido desde el dia en que la encontró, cual verdadero ángel de los cielos á la puerta mágica, y en los dinteles encantados de la juventud, ofreciérale todas las inspiraciones de su arte repartidas entre mujeres indignas de tal presente y consagrándole todo entero un corazon consumido en placeres indignos de sus profundísimos sentimientos. El amor correspondido, pudo elevarle mas allá de las estrellas del cielo; el amor imposible, le arrojó mas allá de las inmundicias de la tierra. Por consolarse de tan triste condicion, por contrastar un poco las penas de su alma, cayó con la gravedad fatal de una piedra en los estercoleros del vicio. Así lo que mas le atormentaba en aquella angustia suprema, era el no haber tenido á Lucrecia á su lado como parte esencial de su alma y no haberle consagrado todo su sér. Esta sed de felicidad no saciada, le atormentaba en su última agonía. Y para demostrar que si la Iglesia y la sociedad le negaran esa grande satisfaccion, condenándole á tanta tristeza, su voluntad y su conciencia eligieron á Lucrecia por eterna compañera de la vida y eterna esposa del alma, legábale con todos los objetos de su pertenencia todos los recuerdos de su memoria y todas las ideas de su pensamiento. Concluida la carta, y cuando parecia que replegaba sus alas en la contemplacion de las cosas eternas, volviöse, y tropezó con el retrato del Sultan, con aquel retrato que pintara por ocupar en algo sus ocios y por demostrar de alguna suerte al que fuera su salvador lo verdadero y lo profundo de su agradecimiento. Artista siempre, en toda ocasion y coyuntura, mirólo con profunda mirada y encontró con el original perfecto parecido. Mas, como de paso notara algunas incorrecciones de dibujo y algun olvido de marcas y señales muy propias para aumentar la verdad, cogió el pincel y perfeccionó la obra con certeza de mirada y firmeza de toque, en las cuales veíase á un mismo tiempo la veracidad de su inspiracion y la energía de su temperamento. Al borde oscuro de los abismos insondables, no olvidaba ni por un minuto los celestes resplandores del arte, que eran como la luz natural de su espíritu.

Despues de esto, fueron ya para la eternidad todos sus pensamientos. Nunca se comprende el origen divino del alma como poniéndola frente á frente de la muerte. Á este frio contacto, sus alas se abren, y su vuelo se dirige, como á su verdadero centro, á lo infinito. Á medida que la descomposicion se acerca, y que los átomos disipan la vida interior, levantándose como una llama, se dilata por horizontes invisibles á nuestros ojos de carne y clarísimos á la mirada escudriñadora del pensamiento. Las contradicciones de nuestro sér tienen por natural explicacion la muerte, que guarda las armonías eternas en su eterno descanso. Como asomándoos á un lago veis retratarse vuestro rostro, asomándoos á la eternidad, veis retratarse vuestra alma. Y conoceis que la sed del sentimiento jamás saciada; que el hambre de la razon no satisfecha; que las nobles aspiraciones al bien supremo no cumplidas; que el amor á la hermosura ideal nunca vista; que todas esas

tendencias desbordadas del estrecho límite de nuestra vida condicional y relativa, sin realización posible aquí en la tierra, sin dominar, porque en el barro planetario de que estamos formados, ha caído como una gota de esencia celestial, cuyos vapores contienen todas esas ideas de divino origen y de naturaleza sobrenatural, que relaciona la humilde criatura con su divino Criador. Á cada una de las tendencias fundamentales de la humanidad corresponde su respectivo objeto, al sentimiento social una sociedad y un Estado, al amor una familia, á la religión un culto, á las inspiraciones un arte, al deseo insaciable de saber una ciencia, y al horror que todos sentimos á la nada y á la seguridad que todos tenemos de un mundo mejor, allende la muerte debe corresponder y corresponde realmente la inmortalidad. Váyase en buen hora el átomo que hemos recogido de la polvareda levantada por los giros del aire en las tortuosidades del camino; séquese el jugo que hemos libado en los frutos del campo, piérdase el calor que bajado de un astro lejano, hemos infundido como nueva vida en nuestras venas, mientras quede el foco donde todas las ideas se concentran, el alma humana en esencia, allí está el éther luminoso venido del cielo y que al cielo ha de volver como vuelven al inmenso Océano dulcificadas y puras, las aguas que ha esparcido en los aires con sus evaporaciones continuas. Esta creencia y esta confianza en la inmortalidad mantenían el alma del pintor, abierta á todos los consuelos y dispuesta á pasar de este mundo á otro mundo mejor como á la natural vivienda que buscaba con sus inspiraciones artísticas. No era en su corazón este sentimiento una especie de conformidad estúpida con un ciego fatalismo, sino una especie de aspiración necesaria á los horizontes de la inmortalidad, entrevistos en esas inspiraciones arreboladas que ornaban los bordes de la mente del artista, semejantes á los vapores inflamados que, al caer el día, ornaban los bordes del ocaso.

En cuanto llegó á su ergástula, supo Filippo que iba á darse gran solemnidad á su muerte. Por uno de esos caprichos frecuentes en los déspotas, desechó la estrangulación usada vulgarmente en Asia, y adoptó el Sultán la solemnidad de las ceremonias europeas. El poeta castellano, que residía en su corte, le hablaba de los rituales empleados en trances como la decapitación de D. Alvaro de Luna, y quiso el moro imitarlas servilmente. Un tablado cubierto de paño negro se alzó á la puerta misma del calabozo donde se cometiera el crimen sentenciado. Un tajo se puso en medio del tablado. Junto al tajo se colocó la funesta cuchilla que debía ser manejada por verdugo, vestido á la española, y enmascarado, alrededor del cual estarían tres ó cuatro ayudantes encargados de mantener los instrumentos del suplicio y reemplazar en caso de vacilación ó de desmayo al verdugo. Aunque no se veían por temor ó profanaciones de los fanáticos, altares con blandones cristianos y la cruz de nuestra redención, acompañarían, en prueba de tolerancia, frailes franciscanos al reo, para prestarle todos los auxilios de su religión hasta

el momento mismo en que hubiera entregado el alma al Criador. Grande consuelo aquel para un cristiano como Lippi, morir en el seno de su religión y confortado por todos los auxilios espirituales. Así es que arregló las cosas terrenas en sus últimas minuciosidades, y se consagró á pensar en las cosas celestiales y eternas.

La ergástula, ó estancia de cativos y presos, donde estaba Lippi, con todos sus compañeros, parecía una Academia de teología, ó mejor dicho, de varias y encontradas teologías. El pobre Serafin, inocente descubridor del crimen, si no compensaba todo el mal involuntariamente traído con su presencia y su encuentro, servía mucho para fortalecer con sus consejos un alma atribulada é iluminar con alguna esperanza celeste la vida material próxima á extinguirse. Por las mismas razones que al franciscano hereje, habían recluso allí á varios rabinos judíos; y casi por la razón que á los rabinos judíos á varios santones musulmicos, por necesidad de conservar el orden público en las calles y de mantener las obligaciones contraídas por los sultanes de Túnez con los príncipes cristianos y extranjeros. Á esto se unió la presencia de dos franciscanos ortodoxos, pues Serafin no había ofrecido ni Lippi aceptado naturalmente prácticas y ceremonias contrarias, como heterodoxas, al puro catolicismo. De suerte que todas las tendencias fundamentales del monoteísmo, los judíos que adoran la Biblia, los mahometanos que adoran el Koran, los católicos puros, y los católicos disidentes, tenían una representación urdida por la casualidad, pero grandiosa, en la agonía de Filippo Lippi. Nada tan conducente á hablar de Dios como la muerte. Nada que nos inspire pensamientos tan religiosos como la inmortalidad. Las diversas religiones no son más que las respuestas dadas á la inmensa interrogación que sobre los errores de los sepulcros dirigimos á la luz y á la claridad de los cielos. Á todo se resigna el hombre menos á morir perpétuamente. Con todas sus desgracias se conforma; pero no con la separación eterna de los seres queridos y con el eterno silencio y las eternas sombras. Si un átomo no puede aniquilarse, un átomo imperceptible, en la creación inmensa, ¿cómo se aniquilará esta alma humana, llena de ideas que vienen á ser como eterna fuente de vida? Si no puede extinguirse la ceniza que se desprende de vuestros huesos ¿cómo se extinguirá la llama de la conciencia, en cuya luz se iluminan espacios morales mucho mayores que el inmenso espacio material? La serie de religiones, por donde el hombre ha querido subir como por una escala mística á Dios, no es otra cosa más que una serie de resistencias insuperables opuestas por los mortales á la muerte.

Así, todos cuantos representaban las diversas religiones en aquella sombría ergástula, dirigiéronse á Lippi hablándole de lo supremo de aquel trance y de los consuelos que á tanta pena guardaba un refugio seguro en las puras creencias religiosas. El primero en hablarle fué el rabino que, en frases propias de sus severos dogmas, le quiso mover al desprecio de la vida y

al amor á la muerte, olvidándose de que trataba con un hombre, heleno por sus inclinaciones, artista por su vocacion, idólatra de las formas por su temperamento, casi pagano por sus creencias, henchido de aquel amor á la antigüedad y de aquella exaltacion por el trabajo y de consiguiente por la vida que constituian los rasgos y caractéres distintivos de su edad, del creador Renacimiento.

—Noche terrible, decia el rabí, aquella en que el pecado concibe á la criatura y la saca del seno oscuro y vacío de la nada. Pluguiera á Dios borrar tal hora de la sucesion de los tiempos y convertir en sepulcro las entrañas de nuestra madre. Maldigan todas las generaciones nuestro nacimiento bañado en lágrimas y en sangre, acto mas triste que el acto de nuestra muerte, y digno de un duelo mas largo. El castigo y el dolor consiguiente no consisten, no, en morir, consisten ¡ay! en haber nacido. Con la sangre que nos alimentó en el claustro materno recibimos el venenoso jugo de todas las penas juntas, y con la leche que nos amamantó, solo acertamos á engordarnos y mantenernos para la hora suprema de nuestro fin malaventurado. Allá en el sepulcro duermen unas cenizas sobre otras cenizas sin movimiento pero tambien sin dolor. Reina el frio en ellas y con el frio el silencio; y no puede ya enardecerlas el fuego de la concupiscencia ni mancharlas ¡ay! la baba de la calumnia. No hablan; pero tampoco mienten. No andan; pero tampoco claudican. No viven; pero tampoco matan. ¡Qué tierra esta donde al protervo que es fuerte le llaman rey y al débil virtuoso le reducen á esclavo! Estremézcanse tus huesos de alegría en el momento de dejar el calabozo de este mundo y sacudir la herrumbre de esta vida.

—No me hables, rabino, de desamor á la vida y de odio al nacimiento. Engendrado en la desgracia, crecido en la miseria, puesto en el claustro de un convento cuando necesitaba los tumultos del mundo, perdido de amor á una mujer que no puede lograr, con todo el ímpetu de mi voluntad presa de pasiones múltiples y contradictorias, próximo á una muerte violenta, aun bendigo hoy al que ha compensado todos estos dolores con la alegría inexplicable de ver la luz, de sentir el calor vital, de escuchar el coro de armonías compuesto por las avecillas del airè y las estrellas del cielo, de entrever las delicias encerradas en el amor; sublimes y benditas compensaciones á todas mis angustias. Caerá la segur sobre mi garganta; rodará la cabeza separada del tronco por las tablas de mi cadalso; faltará la luz á mis ojos y el aire á mi pecho; pero no se extinguirá, no, la esperanza de continuar la vida al través de la muerte en otros cielos mas esplendorosos y en otro mundo mejor que este nuestro bajo mundo, porque imposible á mi fé creer un retroceso de la vida tan llena de esperanzas á la nada. El sepulcro será otra cuna; la ceguera momentánea de la muerte una adquisicion de otra vista mas penetrante para descubrir, no ya las toscas cosas, sino las ideas en sí; la separacion de los mortales, el encuentro en cimas sublimes con los in-

mortales y los bienaventurados; el frio de la agonía, el comienzo de un calor que no provendrá de esa sombra llamada en nuestro imperfecto lenguaje sol, sino del sol mismo de los soles, sí, de nuestro eterno Dios

—Cristiano, dijo el santon musulman que escuchaba á Filippo, al oírte hablar así, persuádome de que tus libros santos han anunciado la venida de mi Profeta y la sublimidad de su doctrina. En el capítulo decimo-sétimo del Génesis, versículo vigésimo anuncia tu Dios que ha bendecido á Ismael, destianándolo á engendrar doce príncipes y á regir poderoso pueblo. En el capítulo décimo-octavo del deuteronomio dice Dios á Moisés que suscitará entre los hermanos de Isaac un profeta semejante á El y hará fluir palabras eternas de su bendita boca. En el capítulo trigésimo-tercero de este mismo libro, profetiza Moisés que así como la ley de Israel se ha promulgado en el Monte Siná, promulgaránse la ley de Cristo en el monte Seir y la ley de Mahoma en el monte Pharán. É Isaias, cuando vió en la profecía con aquellas congostas de su alma, comparables solo á las congostas de la mujer en el parto, los desiertos extenderse sobre los vientos para anegar en abrasadas arenas á los protervos, vió venir tambien carro de guerra, al cual iban ceñidos un profeta cabalgando en humilde asno, Jesucristo, y otro profeta cabalgando en bíblico camello, Mahoma. Así nuestras religiones bajan como un manantial misterioso de iguales cielos y corren acrecentadas en ideas como rio enriquecido por afluentes á desaguar en el océano de la misma eternidad. Por eso ha dicho nuestro Profeta que si Alhá hubiera querido la unidad de las creencias en el seno de una sola religion, la tundara por una ley de su sabiduría suprema y un mandato de su omnipotente voluntad. Dios nos sacó del polvo con su soplo ayer y al polvo de la tierra nos volverá mañana. Y luego enviará calor vital á los átomos esparcidos y se verbificarán para volver reanimados á la divina presencia. Como los gérmenes brotan del surco, brotarán los cuerpos de la tumba. Como de un solo hombre ha salido la humanidad entera, de todos los cadáveres saldrá la resurreccion universal. Los vivos necesitan de la luz del sol; los muertos y los resucitados necesitan de la mirada de Dios. Los incrédulos en su ceguera lo dudan, olvidando que quien ha podido encender una estrella en el espacio vacío del firmamento, mejor podrá reanimar apagadas cenizas en el vasto cementerio del mundo. Apresúrate, pues, tú que mueves cuanto hay, plegarias, intercesiones, votos; apresúrate á desarmar á Dios con tus ruegos y á pedirle el soplo vivificador de su misericordia.

—No espero nada por mí, por mi vida, por mis acciones, por mis obras, merecedoras de implacable castigo; lo espero todo de los méritos y de la intercesion de Nuestro Señor Jesucristo.

Dijo Lippi oponiendo á las palabras del santon estas públicas profesiones de su acrisolada fé.

—Jesus, dijo el santon, vino á confirmar la verdad del Pentateuco que

le habia precedido y á profetizar la venida del profeta Ahmed que debia seguirle.

—Cierra tus oídos á esas blasfemias, dijo uno de los franciscanos ortodoxos, acercándose á Filippo; y ábrelos á la divina palabra. Cree y confiesa todo aquello que cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. En esta hora suprema cóformate con la divina voluntad y reconoce la virtud bienhechora de los sacramentos. Acepta la muerte con resignacion y ofrécela como holocausto á Dios. Mira en la muerte misma la sabiduría eterna que te prueba y te conmina, advirtiéndote el castigo preparado, para que el último aliento no te sobrecoja en el placer sino en la penitencia. Ruega sin descanso al dispensador de toda misericordia, interponiendo la mediacion de Jesucristo y su santísima Madre. Pídele al seráfico san Francisco que ruegue por tí, ya que hasta el día del juicio se encontrará cerca del trono de la Santísima Trinidad intercediendo y orando por los míseros humanos.

—Yo, padre mio, dijo Lippi levantando al cielo sus ojos, muero por confesar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo amor ha querido abrirme la legión de sus elegidos y colocarme en el número de sus mártires. El Sultán me ha puesto en la terrible alternativa de elegir entre su hija única, con su corona real, ó la muerte por la fé, y he preferido morir en Cristo á reinar en el error. Ofrezco, pues, tal sacrificio á Dios, y espero en premio á él la salvacion eterna. Mas, como quiera que me halle en la última agonía, y sea esta hora de verdad, pues ningun afeite puede ocultar vicios á quien todo lo vé, ni sofisma ninguno mentir sentimientos ó ideas á quien todo lo sabe, debo decir y declarar como el amor á una mujer virtuosa y casi celestial, ha sido el firmísimo sostén de mi debilidad en este combate. Y no por hallarme al borde de la eternidad, próximo al supremo juicio, sino por sentirme confortado y dispuesto á cumplir mi voto, ofrezco, si por milagro patente saliera de ésta, apartarme como un San Antonio de toda mujer que no sea ella; trabajar como un desesperado para conseguir la dispensa de mis votos y el matrimonio legítimo; permanecer, ya sea marido, ya fraile, posea ó no á la mujer adorada, en la fidelidad más completa y en el amor más casto. Y si tal no cumpliera, una vez salido de este trance, que el verdugo me descabece sin misericordia y Satanás me atormente por toda la eternidad.

—Déjese, hermano, de todos esos pensamientos terrenales y vuelva su alma á la confesion y á la penitencia para morir redimido y salvado en el seno de la Iglesia.

—A la hora de morir algo me faltaria si me faltase este último pensamiento á mi amada. Todos mis pecados han consistido en no guardarle la misma fidelidad real que le guardaba en mi pensamiento. Toda la desgracia de mi vida ha estado en creer fáciles las emociones capaces de borrar su recuerdo y posible apagar en los vapores levantados por la embriaguez de los

sentidos el fuego de su amor. Declaro haberme equivocado y confieso ante Dios y los hombres que á esta hora de mi muerte resplandece su imágen tan pura en el fondo de mi alma, como el día que la ví aparecer por vez primera ante mis ojos en la más florida y tierna juventud. Confieso, Dios mio, á un tiempo mismo tu religion y su amor.

—Confesad exclusivamente, dijo el franciscano, la religion católica, apostólica y romana. Creed todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia. Recibid la muerte con verdadera conformidad, y ofredela á Dios como remision de vuestros pecados. Mirad en el cadalso á que vais á subir y en la muerte que vais á probar una verdadera y santa penitencia. No distraigais vuestra idea de la inmolacion voluntaria ofrecida de grado á Jesucristo. Así recibís el más fecundo de todos los bautismos, el bautismo de sangre; y os contareis entre los más meritorios de todos los bienaventurados, entre los mártires. Y yo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, os doy la absolucion de todos vuestros pecados.

Mucho extrañará el lector que, en esta conversacion sobre Dios y la inmortalidad, suscitada por el supremo trance de Filippo, no tome parte alguna el exaltado y elocuente Serafín, preso con todos los interlocutores, y á todos reunido en el calabozo central, donde abocaban los calabozos particulares, y donde sus varios compañeros despedían y confortaban al reo de muerte. Ya hemos indicado la causa al decir que, sintiéndose heterodoxo, no tomaba Serafín ministerio alguno en la agonía de un hombre tan desordenado, pero tan creyente y tan ortodoxo como Lippi; y tenia que someterse á un pasivo silencio. En su exaltacion por todos cuantos lloraban y padecían á su alrededor, no hay que decir los consuelos y los remedios arbitrados por él para consolar el ánimo de su amigo, herido por tantas y tan rudas pruebas. Mas en todo lo referente á su alma, y al paso de esta vida á la otra vida, dejaba su lugar á los correligionarios de Filippo, á los frailes creyentes y de toda ortodoxia. Su alma estaba absorta á la sazón y casi perdida en los abismos de una idea que toda entera la henchía, á saber, en la contemplacion y exámen de los procedimientos seguidos por Filippo durante aquel trágico y extraordinario incidente. El artista, sordo á las voces de la conciencia, ciego á la luz divina de la virtud, ligero como la espuma, sensual hasta la brutalidad, indiferente á las ideas, confesaba su fé y moría por ella con la suma alegría de los antiguos héroes; y él, tan religioso en sus creencias, tan exaltado en sus afectos, tan dispuesto á la predicacion y al martirio, procedió en la vida con tal arte y rehusó la muerte con tal destreza, que en ciudades donde reinaba la inquisicion, donde espiaban tantos y tantos esbirros, donde ardían en las hogueras los hereges, lograra ó por desprecio de los demás ó por propia prudencia, vida tranquila y amplias libertades. Ora hubiese una razón, ora hubiese otra, lo cierto es que le confundía y que le avergonzaba el proceder animoso de Filippo y su envidiable martirio comparados